

Editorial

HORA DE DEFINICIONES

En la sociedad cubana se han ido acumulando graves problemas, no poca incertidumbre y, por ende, también muchas demandas, lo cual reclama un quehacer mancomunado de reflexión profunda y de diálogo sereno, capaz de generar un consenso encaminado a cincelar nuestro modelo social-cultural-económico-político-jurídico, con el objetivo de solucionar las dificultades y conseguir una vida más prospera y equilibrada. Esta realidad determinó que fuera tan bien recibida la oferta del actual presidente Raúl Castro cuando convocó al debate colectivo, a la expresión libre de toda la diversidad de criterios, con el propósito de cambiar conceptos y estructuras, para de esta manera perfeccionar el sistema socialista cubano.

Muchos se entusiasmaron ante tal anuncio que emanó de la más alta autoridad del Estado y del Gobierno, y comenzaron a cultivar la esperanza, una virtud imprescindible para el equilibrado desempeño de las personas y de los pueblos. No pocos empezaron a expresar sus criterios con cierta libertad y a concebir propuestas encaminadas a redefinir diferentes aspectos de la vida nacional. En tal sentido, es de enorme valor el aporte de muchos profesionales en relación con el diagnóstico de la realidad en aquellos ámbitos de sus respectivas competencias, así como las sugerencias que señalan para lograr cambiar la cosa pública.

Esto, por supuesto, es muy saludable y será el único camino para salvar la nación, para salvar incluso –en mucho o en algo– el propio proceso revolucionario. Sin embargo, no pocos han comenzado a sentirse defraudados porque perciben que sus criterios y propuestas no están siendo tomados en cuenta. Es lógico que esto ocurra, pues casi nada –o muy poco– ha cambiado en el país, al menos en el sentido que la generalidad anhela. No obstante, tal vez pueda ser muy pronto para afirmar categóricamente que los criterios y las propuestas de los ciudadanos no son ni serán estimados debidamente. Es imprescindible tener en cuenta que para hacerlo los organismos del Estado y del Gobierno tienen que enfrentar muchos obstáculos, por ejemplo: la complejidad de cambiar las cosas, el asedio de quienes actúan en su contra, la no estabilidad suficiente en las relaciones del país con Estados Unidos, las graves consecuencias de los tres huracanes que azotaron a la Isla durante el pasado año y la crisis económica mundial, así como la escasez de instrumentos y de la experiencia requerida para mantener una interacción activa entre las opiniones ciudadanas y las gestiones de los poderes públicos.

Sin embargo, es preocupante la tensión que se viene dando entre los sectores capacitados que han comenzado a encarnar este proceso de análisis, debate y propuestas de cambios, convocado por el general Raúl Castro, y aquellos otros sectores que no desean cambios e incluso en muchos momentos parecen aspirar a un modelo esencialmente inmovilista con sabor estaliniano.

Es posible encontrar expresiones de los primeros sectores en muchos vecinos de cualquier barrio, en los compañeros de trabajo de muchos centros laborales, en los análisis de numerosos investigadores y hasta en artículos de la prensa oficial cubana, por sólo citar algunos ejemplos. Los segundos sectores, que no desean cambios y en algunos casos ansían el establecimiento del arcaico estilo estalinista, no suelen expresarse en los barrios, en la colas, en las barberías, en investigaciones o en artículos, pero sí a través de los cargos de dirección que ocupan –al parecer con cierto respaldo–, por medio de los cuales contienen, acallan y aún amenazan a los primeros. Estos han vuelto a dar vida al anciano Pavón, ahora encarnado en algún que otro funcionario político, sindical, estatal o administrativo, y hasta por ciertas autoridades universitarias y académicas. Y lo peor, esto ocurre después del amplio y casi público proceso de debate que ha deslegitimado dichas actitudes, conocido como la “guerrita de los e-mail” y el posterior análisis político e intelectual que ésta desató, así como de los memorables discursos pronunciados en el congreso de la UNEAC.

Es necesario aceptar que esto resulta normal, que es lógica la existencia de la tensión entre las diferentes visiones de una misma realidad. No obstante, es peligroso que algunos, ante determinada contención, debiliten su integridad y no den vida al proceso al cual ha convocado el Presidente de la República, dejando así de defender la estabilidad de la sociedad cubana y el futuro de la nación. Pero más grave aún es que los organismos del Estado y del Gobierno, que deben estar cohesionados con el Jefe del Estado, no precisen una metodología y unas reglas de juego que, garantizando la libertad de opinión de quienes rechazan la posibilidad de cambios, les imposibilite a éstos contener a tantos que aspiran imperiosamente, so pena de dañar sus vidas por la frustración y la desesperanza, a una transformación sustancial de la realidad cubana.

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhabana.co.cu

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS: Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga y Lenier González. // Diseño: Ballate-ManRoval